

La escritura de la historia en Santa Fe. Federalismo e intereses regionales

María Gabriela Micheletti

Renzo Sanfilippo

Introducción

En Argentina, la escritura de la historia se fundamentó, durante el siglo XIX, en torno de varias premisas articuladoras, entre las que se distinguen las siguientes: la necesidad de proveer de un pasado común al Estado-nación en ciernes; la elaboración de un relato que fungiera a la manera de mito de orígenes y que proveyera de un panteón de héroes junto a una selección de acontecimientos memorables, a la vez que de una suerte de anti-héroes y sucesos condenables -entre los que se destacaba el pasado hispánico, del que se necesitaba tomar distancia, pero también las acciones de los caudillos provinciales, envueltas en las vicisitudes de la guerra civil-; la configuración de un centro capitalino, urbano y portuario de producción historiográfica en Buenos Aires y -al menos, aparente- proyección radial hacia las ciudades de provincia; y la definición de estilos diferentes en la construcción del discurso histórico -e identificables *a posteriori* como “escuelas”-, que en sus debates y polémicas fueron sentando la importancia de sujetarse a un método y de dar un tratamiento adecuado a los documentos.

El comienzo del siglo siguiente trajo algunas novedades que, a la par de una incipiente institucionalización y, posterior, profesionalización de la práctica historiográfica, encolumnó a aquellos que buscaron cohesionarse como grupo, identificarse y a la vez diferenciarse de los “padres fundadores”, y reconocerse como cultores de una disciplina, con sus reglas y su método. Una mirada más atenta a lo que pasaba en el interior del país permitió, también, tender algunos puentes y avanzar hacia un lento intento de integración en la escritura del pasado nacional, no exento de ambigüedades. Pero al mismo tiempo que eso ocurría en los círculos más tradicionales de elaboración del discurso histórico, hacia los años treinta una corriente de revisión historiográfica pugnaba por imponer su propia lectura de ese pasado, confrontaba abiertamente con aquellos círculos, y también buscaba trazarse una genealogía de precursores. Mientras académicos y revisionistas

quedaban enfrentados en disímiles interpretaciones del pasado, la Historia se afianzaba, promediando el siglo, en los ámbitos universitarios.¹ En ese sustrato común de ideas y tendencias fue germinando, en cada provincia argentina, un proceso paralelo de escritura de la historia, con muchos rasgos compartidos, pero también con sus prioridades, singularidades y ritmos propios.²

En Santa Fe, peculiaridades propias de su fisonomía y de su trayectoria se conjugaron en las representaciones del pasado provistas desde su territorio. Entre ellas cabe resaltar su emplazamiento central, escenario inevitable del paso de ejércitos y de invasiones que fortalecieron las tendencias autonómicas, la emergencia del liderazgo caudillista, el protagonismo constitucionalista que culminó en su rol como sede del Congreso Constituyente en 1853, las bondades bien aprovechadas de su suelo para la actividad agropecuaria, su posicionamiento litoral en la gran cuenca rioplatense y la configuración de dos polos urbanos que le otorgaron a la provincia un carácter bifronte. De la relación entre estos factores se forjó una historiografía que, en su desarrollo, procuró dar respuesta a dos cuestiones centrales, a las que se tratará de presentar en las páginas que siguen.

Estanislao López, la autonomía provincial y el constitucionalismo, como articuladores de la memoria y de la historia santafesinas

De los primeros testimonios a la biografía del héroe

El *Diario* escrito entre 1815 y 1822 por Manuel Ignacio Diez de Andino (1747-1822), las *Memorias*, confeccionadas entre 1847 y 1854 por Domingo Crespo (1793-1871), y los *Apuntes para la historia de la provincia de Santa Fe*, redactados hacia 1854 -aunque con agregados del momento de su primera publicación, en 1871, y de la definitiva, en 1876-, de Urbano de Iriondo (1798-1873), constituyen expresiones de una fase memorialista inicial, primera forma a la que apelaron los santafesinos para escribir su historia.³

¹ La bibliografía existente permite trazar una caracterización bastante completa de la historia de la historiografía argentina durante los siglos XIX y XX. Como marco de referencia remitimos a las obras de carácter general citadas al final del presente volumen.

² Desde la aparición del volumen de la Academia Nacional de la Historia que esbozó el movimiento historiográfico en las provincias (1996), el conocimiento de las historiografías provinciales se ha venido enriqueciendo gracias a la formación de equipos de trabajo y el desarrollo de proyectos de investigación, de algunos de cuyos resultados dan cuenta los capítulos que dan vida a este libro. Para Santa Fe nos limitamos a mencionar las siguientes obras de conjunto: Suárez y Tedeschi (2009) y Micheletti (2013).

³ Se adhiere al presupuesto de que ya antes de la segunda mitad del siglo XIX hubo autores que, aún sin formación específica, ni reglas del oficio, contribuyeron a la configuración de la historiografía provincial.

En momentos en que se articulaban los primeros relatos nacionales para poner por escrito los avatares de la revolución de mayo y del período postindependiente -en un arco que cubre desde la aparición del *Ensayo de la Historia Civil del Paraguay, Buenos Aires y Tucumán* (1816 y 1817) del deán Gregorio Funes, hasta la tercera y definitiva edición de la *Historia de Belgrano y de la independencia argentina* (1876/1877), de Bartolomé Mitre, y que también reconoce expresiones provinciales, como los *Apuntes cronológicos para servir a la historia de la antigua provincia de Cuyo* (1852), de Damián Hudson-, los santafesinos Diez de Andino, Crespo e Iriondo consiguieron hilvanar una serie de motivos sobre el pasado y el presente provincial. Para ello, recurrieron a las sencillas e íntimas posibilidades brindadas por el género autobiográfico y a la figura del narrador testigo, y puede decirse que tuvieron éxito, desde el punto de vista de la recepción, porque los datos que aportaron, así como sus argumentos, serían retomados por historiadores posteriores y cristalizarían en representaciones muy perdurables del pasado santafesino.

Entre los motivos provistos por los mencionados memorialistas, se pueden destacar: 1) el peso otorgado en la escritura de la historia santafesina al período de las guerras civiles, por medio de un alegato en el que se responsabiliza a los gobiernos centralizadores de Buenos Aires por las décadas de discordia y por provocar el levantamiento de los caudillos contra la autoridad directorial; 2) la exaltación apologética de la figura de los caudillos provinciales y, en particular, de Estanislao López, quien comienza a perfilarse ya, desde entonces, como el principal héroe local; 3) la imagen de una Santa Fe víctima y sacrificada en aras de la nación, expuesta al ataque de los indios, al saqueo de los ejércitos y al abandono y desprotección por parte de los gobiernos de Buenos Aires; 4) el mérito no reconocido a Santa Fe por sus servicios a la causa común, de modo que la función del cronista es sacar los hechos a la luz para reivindicar el rol desempeñado por la provincia en la construcción nacional; 5) el valor y la excepcionalidad de Santa Fe, cuyas tropas resisten, a pesar de su inexperiencia y de la inferioridad de fuerzas, e incluso imponen derrotas a los porteños; 6) la idea de Santa Fe como cuna de hombres notables, tanto en las letras como en las armas; y 7) la religiosidad del pueblo santafesino, acompañada de una concepción providencial del curso de la historia.

Los memorialistas que plasmaron estos tópicos ocupaban un lugar de prestigio en la austera sociedad santafesina, y los episodios que narraron contribuían a situar y a explicar la propia posición política y familiar. Domingo Crespo fue colaborador de Estanislao López y diputado; antirosista, fue electo gobernador interino tras el levantamiento de Urquiza de 1851, y fue designado gobernador propietario luego de Caseros. Por su parte,

José Urbano Ramón de Iriondo era yerno de Francisco Antonio Candiotti -primer gobernador federal de la provincia-, ocupó diversos cargos entre 1820 y 1830, fue delegado de gobierno en 1851, ministro de Crespo en 1852 y ministro de Rosendo Fraga en 1860. En tanto, Manuel I. Diez de Andino, aunque no tuvo participación directa en los sucesos narrados, pertenecía a una familia principal y adinerada de la ciudad y registró minuciosamente los hechos ocurridos entre 1815 y 1822.

También a una familia bien caracterizada, aunque sencilla, de la sociedad santafesina perteneció Ramón Lassaga (1858-1921), el encargado de recoger en la siguiente generación esos primeros testimonios y utilizarlos en la elaboración de su *Historia de López* (1881), una biografía en clave de historia provincial con la que resultó inaugurada la fase erudita de la historiografía en Santa Fe. Inspirado en el modelo mitrista de la *Historia de Belgrano*, que procuró seguir, un muy joven Lassaga se ocupó de construir la primera historia provincial en torno a la figura del héroe, tomando la precaución de anclar su discurso histórico en bases documentales fidedignas y en bibliografía autorizada. Sus fuentes principales fueron los archivos provinciales, que se mantenían hasta entonces casi sin explorar, y los relatos de los cronistas locales ya mencionados. En base a ellos, sus objetivos se dirigieron a restituir la imagen de Estanislao López, con un propósito reivindicatorio⁴, y a sostener el rol desempeñado por la provincia en la defensa de la autonomía provincial y de la república federal. Este discurso encontraba correspondencia con los que, más o menos contemporáneamente, se encontraban elaborando algunos autores de otras provincias -como Manuel F. Mantilla en Corrientes, Benigno T. Martínez en Entre Ríos o Bernardo Frías en Salta-, quienes compartían la preocupación por situar mejor los aportes de las respectivas comunidades locales en el conjunto de las primeras historias nacionales, en una explícita toma de distancia con respecto a algunos de los postulados que éstas planteaban. Así, por ejemplo, en la misma década en la que Vicente Fidel López componía una *Historia de la República Argentina* de marcado carácter porteñista y atravesada por una mirada despreciativa hacia los caudillos provinciales⁵, Lassaga consiguió proveer un discurso en el que Estanislao López emergía como elemento central en la explicación del pasado provincial y argentino. De esta manera,

⁴ Devoto y Pagano denominan género reivindicatorio al utilizado por algunos escritores de fines del siglo XIX, quienes elaboraron “alegatos documentados” para “restituir la memoria de episodios o personajes injustamente invocados o ignorados en las narraciones disponibles”. (Devoto y Pagano, 2009: pp. 53-60).

⁵ Tanto el primer Bartolomé Mitre, de la *Galería de celebridades argentinas*, como Vicente Fidel López, contribuyeron a crear la imagen del caudillo bárbaro y disolvente de la unidad nacional, que se prolongó en la obra historiográfica que los tuvo por modelo. Similar papel cumplió en el plano literario Domingo F. Sarmiento, con su *Facundo o Civilización y Barbarie* (1845).

Lassaga dotaba a los santafesinos de un héroe que funcionaba como modelo en el que volcar las aspiraciones y pretensiones que en el concierto nacional se reclamaban hacia la década de 1880 para Santa Fe, una provincia cuyos gobiernos autonomistas se encolumnaban por entonces tras el proyecto modernizador.⁶

Las historias provinciales

A partir de la construcción del caudillo provincial como un héroe, no sólo local sino también nacional, Ramón Lassaga configuró un relato histórico sobre el papel que correspondió a Santa Fe en la organización del país. Planteó tópicos como el surgimiento y las características del federalismo en el Litoral, la tensión entre el centralismo porteño y las autonomías provinciales y los antecedentes de la conformación republicana del país. Estos temas fueron recuperados luego en las historias provinciales de autores como Manuel Cervera (1863-1956), Juan Álvarez (1878-1954), José Luis Busaniche (1892-1959) y Leoncio Gianello (1908-1993), entre otros.

Desde fines del siglo XIX, sectores políticos e intelectuales advertían que el federalismo argentino estaba en crisis (Buchbinder, 1993: p. 90). La publicación en 1907 en dos tomos de la *Historia de la ciudad y provincia de Santa Fe, 1573-1583*, de Manuel Cervera - primera historia integral del pasado santafesino-, podría leerse como una respuesta provincial al problema. En su visión crítica del presente, Cervera reconoció los vicios del “centralismo porteño” del pasado. Así, las intervenciones federales que sufrían a principios del siglo XX las provincias a manos del Poder Ejecutivo Nacional enlazaban con el pasado local de los años que siguieron a la revolución de mayo, en los que los ejércitos porteños invadían Santa Fe: “Se llevó el terror y el incendio para hacer imperar un absurdo sistema de gobierno, preparado, reconocido y defendido por la sola comuna de Buenos Aires”. (Cervera, 1907: p. 409) La defensa de los intereses provinciales y de un auténtico federalismo para el país constituía un reclamo que se reactualizaba. En esa clave puede leerse la reivindicación de Estanislao López, a quien Cervera asignó atributos similares a los esbozados por Lassaga décadas antes: “Fue en una palabra, el mejor de los caudillos, el de más sanas intenciones y proceder, y al que por su actuación, se le debe la actual forma federativa que posee la Nación.” (Cervera, 1907: p. 447) Cervera y su

⁶ Aquella primera obra fue seguida por una serie de escritos, jalonados entre 1881 y 1910, en los que Ramón Lassaga retomó la defensa del caudillo y de su época, en una identificación de López con la historia provincial como recurso para reivindicar el pasado santafesino por su contribución a la nacionalidad.

obra pasaron a ocupar un lugar fundante en la historiografía provincial, por lo que su discurso marcó por décadas a varias generaciones de historiadores. Este discurso, además, tenía la particularidad de centrarse en el pasado de la capital de la provincia, considerada foco de irradiación de cultura y civilización hacia el resto del territorio santafesino.

La obra de Cervera expone el fortalecimiento de un tipo de historia política e institucional que, para el período en el que predominó la figura de Estanislao López, se mantenía en un tono reivindicatorio. Un trabajo más atemperado y diverso fue el *Ensayo para la historia de Santa Fe* (1910), de Juan Álvarez. En este autor nacido en Gualaguaychú (Entre Ríos), aunque rosarino por adopción, la preocupación por el tema del federalismo se mantenía fuerte, tal como se explicitaría también en su *Estudio sobre las guerras civiles argentinas* (1914). Pero su explicación de la historia de la provincia a partir de factores económicos proveía de una interpretación original, que se apartaba de los cánones establecidos. De esta manera, las obras de Cervera y de Álvarez dejaron planteadas dos maneras diferentes de abordar el pasado santafesino, hacia la época en que se configuraba en el país la Nueva Escuela Histórica. En cuanto a la mirada de Álvarez respecto de Estanislao López resulta ambivalente. Por un lado, entendía que la preponderancia del caudillo había correspondido a un contexto histórico específico, en tanto que su legitimidad descansaba sobre el respaldo popular. Pero a diferencia de Lassaga y Cervera, no consideraba al gobierno de López un antecedente de la organización republicana y federal del país y resaltaba, en cambio, el carácter autoritario de su gobierno.

Es necesario aclarar que la construcción de una versión provincial hegemónica alrededor de la reivindicación del caudillo federal Estanislao López también conoció sus oponentes. Hacia mediados de la década de 1920 polemizaron por esta cuestión Carlos Agustín Aldao (1860-1932) y José Luis Busaniche, por medio de diversos libros y artículos publicados en la prensa local. En *Los caudillos. Cuestiones históricas* (1925), Aldao denostó la recuperación de los caudillos desde una perspectiva republicana y federal. A diferencia de los historiadores mencionados, el autor construyó su discurso a partir de su experiencia o la de su familia -de importante raigambre en la sociedad santafesina-, antes que en base al tratamiento de los documentos. El contrapunto a esta obra lo constituyó *Estanislao López y el federalismo del litoral* (1926), de José Luis Busaniche, en donde puede observarse la persistencia de la imagen del caudillo como defensor de la autonomía provincial y a la vez de la organización federal y constitucional de la nación: “el nombre de Estanislao López, a quien se llamaba con justicia en el país, el Patriarca de la Federación, se vincula estrechamente a la constitución de 1853. Él firmó todos los

tratados que prepararon la definitiva organización federal”. (Busaniche, 1926: p. 135) Además, la obra de Busaniche no constituía una reivindicación exclusiva de la figura de López, sino del caudillismo como fenómeno sociohistórico. Las guerras civiles y los sucesos del año 1820 importaban para Busaniche el triunfo de las ideas republicanas y federales. (Busaniche, 1926: p. 26) Conviene destacar que su relato sintonizaba con un tipo de discurso histórico que desde los tiempos de Lassaga -de quien Busaniche era sobrino-, y atravesando la obra de Cervera, impregnaba la historiografía santafesina, pero que, para la década de 1920, ya encontraba interlocutores autorizados también por fuera de los límites provinciales. Los trabajos de Juan A. González Calderón y de Emilio Ravignani contribuyeron en ese sentido a instalar, en los espacios de docencia e investigación que estos frecuentaban en las universidades de La Plata y de Buenos Aires, la discusión sobre la contribución que los caudillos habrían representado en el proceso constitucional argentino. (Buchbinder, 2005)

Es decir que, entre las décadas de 1880 y 1920, ya existía una importante base de obras provinciales de contenido histórico que aportaban a la construcción de una identidad santafesina. Una serie de temas, que incluso venían heredados desde la época de los memorialistas, serían repetidos y consolidados en obras posteriores. Entre ellos, el heroísmo de un pueblo que buscaba su autonomía local y que encontraba en su caudillo al representante de sus aspiraciones, así como los constantes aportes a la organización constitucional de una nación republicana y federal por parte de la provincia y, sobre todo, de su ciudad capital, en la que lazos familiares y políticos mantenían vinculados entre sí a un reducido núcleo de escritores de la historia. (Coudannes, 2007)

Cuando entre las décadas de 1930 y 1940 la Academia Nacional de la Historia consiguió, por medio de su presidente Ricardo Levene, concretar su voluminoso y demorado proyecto editorial de la *Historia de la Nación Argentina* (1936-1950), aquellos temas fueron volcados por Cervera y Busaniche en sus respectivos capítulos, que concurrieron a dar forma a los dos tomos sobre historiografías provinciales (Brezzo, Micheletti y Molina, 2013). Santa Fe fue definida por Cervera en esa obra como “eje histórico de los sucesos internos que se produjeron en el país después de 1810”. (Cervera, 1941: p. 157) Poco más tarde, estos mismos planteos serían predominantes en una de las historias provinciales de mayor circulación en el siglo XX: la *Historia de Santa Fe* (1949), de Leoncio Gianello. Con sucesivas reediciones (1955, 1966, 1978 y 1986), además de un *Compendio* (1950) para la enseñanza, fue por muchos años “la única obra disponible que aborda sistemáticamente la mayor parte del siglo XX en este espacio provincial.”

(Coudannes, 2009a, p. 207). En lo que refiere al siglo XIX, la obra consolidó los tópicos ya mencionados, desarrollados también en *Estanislao López. Vida y obra del Patriarca de la Federación* (1955) y en *Estampas del Brigadier* (1977), del mismo autor. La autonomía y la constitución republicana y federal, en oposición al centralismo de Buenos Aires, operaron como conceptos claves para cimentar una identidad santafesina.

La institucionalización de los estudios históricos

Manuel Cervera desempeñó un rol central en la configuración de la historiografía santafesina, y fue la figura principal en torno de la cual quedó conformado el 8 de junio de 1935 en la ciudad de Santa Fe el Centro de Estudios Históricos, transformado al año siguiente en Junta de Estudios Históricos. Junto a él, los iniciadores de esta institución fueron Salvador Dana Montaña, Ángel Caballero Martín, José María Funes, Clementino Paredes y Félix Barreto. En años siguientes se fueron incorporando otros miembros, como Julio A. Busaniche, Eduardo Carasa, Alfonso Durán, Nicolás Fasolino, Rodolfo Reyna, Armando Antille, Nicanor Molinas, José Carmelo Busaniche, Raúl Carvajal, José María Rosa y Raúl Ruiz y Ruiz. Para difundir las actividades y dar a conocer el pasado santafesino se fundó, en julio de 1936, bajo la dirección de Félix Barreto -hasta poco antes director del Archivo Histórico de la Provincia de Santa Fe (1921)-, la *Revista de la Junta*, que se sigue editando hasta la actualidad y ya ha superado los setenta números.

Por experiencias previas de sociabilidad en torno a la escritura del pasado ya habían transitado algunos santafesinos, si bien a partir de iniciativas externas o impulsadas desde afuera de la provincia. Desde fines del siglo XIX, algunos de ellos se habían integrado como miembros de número o correspondientes en la Junta de Historia y Numismática Americana (JHNA, antecedente de la ANH), establecida en Buenos Aires en 1893 (Micheletti, 2013). Además, en 1929 había quedado constituida una filial de esta Junta en la ciudad de Rosario, ubicada en el sur de la provincia.

La fundación de 1935, entonces, tenía la importancia de fijar a la ciudad de Santa Fe como “centro” de una producción historiográfica que en 1942 obtendría reconocimiento oficial, dando paso a la nueva y definitiva denominación como Junta Provincial de Estudios Históricos (JPEH). La institución se convirtió en ente asesor de los poderes del Estado provincial, y en sus Estatutos definió los siguientes objetivos: fomentar la investigación y crítica de la historia, difundir los estudios históricos en general y en particular, y establecer y mantener relaciones con las instituciones y personas que se dediquen a los

estudios históricos. (Damianovich, 2007: p. 25) Organizada con una estructura similar a la JHNA⁷, y en sintonía con los presupuestos metodológicos y temáticos de la Nueva Escuela Histórica, los contactos entre ambas instituciones fueron fluidos.

La JPEH se involucró activamente en la vida cultural de la capital provincial. De hecho, ese fue el argumento al que apeló su director Manuel Cervera al momento de solicitar el reconocimiento oficial por parte del Estado provincial, recalcando todas aquellas ocasiones en las que la institución había promovido o respaldado actividades de concientización histórica, como la realización de las Jornadas Históricas con motivo del primer centenario del fallecimiento del brigadier general don Estanislao López en 1938.⁸ La política también se hizo presente en el funcionamiento de la Junta. Desde 1937 contó con el apoyo del nuevo gobernador Manuel María de Iriondo, quien dos años después ingresó como miembro honorario, lo mismo que el siguiente gobernador, Joaquín Argonz. Esta situación tuvo dos consecuencias reconocibles en lo inmediato: por un lado, generó una fractura interna y alejó a los miembros que no simpatizaban con el gobierno, como Julio Busaniche, Eduardo Carasa y Nicanor Molinas (Coudannes, 2009b: p. 32); por otro lado, permitió estrechar vínculos y acentuar la participación de la institución en la construcción de una memoria oficial santafesina. Por ejemplo, en 1940 la JPEH definió las efemérides que debían ser recordadas obligatoriamente en los establecimientos de educación primaria de la provincia.⁹ Sin embargo, tuvo escaso éxito en la obtención de recursos económicos del Estado. Otras instituciones culturales, como el Instituto de Estudios Federalistas (IEF) adolecieron, durante el siglo XX, de las mismas dificultades. En el caso del IEF, fue la conmemoración del centenario de la muerte del caudillo federal, el 15 de junio de 1938, el que sirvió como aliciente para su creación. De este modo, puede constatarse que el sentimiento de admiración hacia Estanislao López no sólo animó la producción historiográfica santafesina desde fines del siglo XIX y durante buena parte del siglo XX, sino que su influencia impulsó también el proceso de institucionalización de los estudios históricos en la ciudad capital. El IEF tuvo como presidente a Alfredo Bello -su iniciador- y a José María Rosa como vicepresidente, y de él participaron figuras reconocidas de la cultura local como Clementino Paredes, Félix Barreto, José María Funes, Luis Alberto Candiotti y Raúl Ruiz y Ruiz, entre otros. En una explicación vertida varias décadas más tarde, Rosa vinculó los comienzos del revisionismo histórico en

⁷ *Revista de la Junta de Estudios Históricos de Santa Fe*, N° 1, Santa Fe, 9 de julio de 1936, p. 10.

⁸ *El Orden*, Santa Fe, 22 de agosto de 1941.

⁹ *El Orden*, 29 de abril de 1940.

Argentina con el diálogo mantenido entre los miembros de esta institución y un público popular, y recordó un asado organizado por Alfredo Bello en su casa quinta de la localidad de Coronda: “se hizo un almuerzo popular: todos criollos, y nosotros, los historiadores, para hablarles después del almuerzo. A mí me parecía un disparate. Pero cuando empecé a hablar, recibí una ovación. Rosas, los caudillos, el federalismo, entraban en la masa.” Según el relato, la convocatoria “tuvo tanto éxito que al poco tiempo Ricardo Caballero fundaba en Rosario el Centro de Estudios Argentinistas. Todos los domingos hacía actos con bailecitos históricos, recitados y terminaba con una conferencia. Yo fui llamado muchas veces [...]. Así empezó el revisionismo histórico.” (Hernández, 2008: p. 65) El testimonio de José María Rosa, considerado una de las principales figuras del revisionismo histórico argentino, permite advertir la experiencia activa que desempeñaron estas instituciones de las ciudades de Santa Fe y Rosario en los orígenes de una corriente historiográfica tradicionalmente asociada a Buenos Aires y al Instituto de Investigaciones Históricas “Juan Manuel de Rosas”, creado unos meses más tarde. Entre este último y el IEF existían similitudes, pero también diferencias. El IEF, más bien que rosista, era revisionista y federalista, y tenía un “perfil más amplio”, “nacional”, abierto a historiadores de todo el país. (Coudannes, 2009b: pp. 44-48)

Aunque el IEF y la JPEH coincidían en la común veneración de López, el primero mantenía una posición revisionista opuesta a la tradición liberal que alimentó los roces con otras instituciones y lo condujo a un proceso de debilitamiento. En tanto, la JPEH - en cuyo seno pugnaban sordamente ambas corrientes (Damianovich, 2007: p. 27)- se consolidaba en su rol de intérprete y de vocera oficial de la historia provincial. La revista de la Junta cumplió una labor importante en la edición de documentos, en la recuperación de la herencia hispánica y católica -gracias, sobre todo, a los trabajos de sacerdotes historiadores, como el obispo de Santa Fe, Nicolás Fasolino, el jesuita Pedro Grenón y el presbítero Américo Tonda-, y en el reforzamiento de una lectura del pasado que otorgaba centralidad a la historia santafesina y al período de las guerras civiles. Los índices de la revista muestran la recurrencia temática y el mantenimiento a lo largo de los años del discurso de tono reivindicatorio, explicitado en títulos como: “La Justicia Histórica y el bien de la Patria exigen que se tribute el debido Honor Nacional a ciertos Próceres Provincianos”, de Alfonso Durán (Nº 11, 1944), “Santa Fe, las etapas de la Autonomía y la Primera Constitución”, de Leoncio Gianello (Nº 19, 1949), “Presencia y Destino de Santa Fe en el Río de La Plata”, de José Pérez Martín (Nº 27, 1961), o “Importancia de la Provincia de Santa Fe en la Historia Argentina”, de Nicolás Fasolino (Nº 28, 1963).

Cerrando el ciclo de institucionalización, en julio de 1940 fue fundado el Departamento de Estudios Etnográficos y Coloniales, como repartición oficial. Bajo la dirección de Agustín Zapata Gollán (1895-1986), se abocó al estudio del parque arqueológico de Cayastá o Santa Fe la Vieja, y se especializó en historia colonial y patrimonio. A su amparo se creó el Centro de Estudios Hispanoamericanos y su revista *América* (1981). Los inicios de los estudios universitarios en Historia fueron en la ciudad de Santa Fe, en cambio, más bien tardíos, y demoraron en abrir espacios dedicados específicamente a la investigación. Esto es importante, porque lleva a confirmar que los historiadores amateurs ocuparon un lugar destacado en la escritura de la historia. En 1953 se creó el Instituto del Profesorado, que dependía de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación -con sede en Rosario- de la Universidad Nacional del Litoral (UNL). Al comienzo incluía dos carreras: el Profesorado de Ciencias Naturales y el de Historia y Geografía; pero en 1959 se transformó en Instituto del Profesorado Básico, con las carreras de Ciencias Exactas y Naturales, y Castellano y Ciencias Sociales. Paralelamente, con la habilitación de la educación superior de gestión privada durante la presidencia de Arturo Frondizi, se creó la Universidad Católica de Santa Fe, y en 1959 comenzó a funcionar la carrera de Historia, organizándose como Facultad al año siguiente (hasta su cierre, a fines de los años ochenta). En tanto, el Instituto del Profesorado Básico pasó en 1970 a denominarse Escuela Universitaria del Profesorado, y en 1973 se ubicó bajo la órbita del rectorado de la UNL. En 1980 se reconoció la validez de sus títulos para la enseñanza superior. Pero recién en 1987 la Escuela se transformó en Facultad de Formación Docente en Ciencias (actual Facultad de Humanidades y Ciencias) y se organizó la carrera de Historia. Egresados de las carreras mencionadas fueron incorporándose, desde mediados de la década de 1970, a la JPEH, facilitándose así la integración de historiadores de formación específica a esta tradicional y prestigiosa institución. (Damianovich, 2007) La década de 1990, finalmente, produjo avances importantes en el ámbito de la investigación universitaria en Historia, entre los que se cuentan la creación del Centro de Estudios Históricos (CEDEHIS), el inicio de la publicación de la revista *Estudios Sociales* bajo la dirección de Darío Macor, en 1991, y la inauguración de la Licenciatura, hacia 1993.

La conmemoración en los centenarios

Aunque a lo largo de los años el espíritu conmemorativo dio lugar en la provincia de Santa Fe a múltiples homenajes a personajes y acontecimientos de su historia, encontró

un objeto de incomparable fuerza de evocación alrededor de la figura de Estanislao López. Los actos en memoria del caudillo fueron constantes en el tiempo, pero se concretaron con particular intensidad con motivo de tres ocasiones: el centenario de su nacimiento (1886), el centenario de su muerte (1938) y el bicentenario de su nacimiento (1986). La celebración de estos centenarios sirvió para promover empresas de erudición histórica y posicionar a la provincia en el contexto historiográfico nacional, y actuó como estímulo para reactualizar los discursos y las miradas sobre el siglo diecinueve, dejando a la vez al descubierto posibles usos públicos del pasado.

Importante apoyo otorgó la dirigencia provincial a la conmemoración del centenario del nacimiento de Estanislao López en 1886, cuya organización contó con la participación destacada de Ramón Lassaga, reciente biógrafo del héroe, y también del rosarino David Peña, secretario del gobernador José Gálvez y fundador del periódico oficialista *Nueva Época*. En esa ocasión, la celebración, teñida de la lectura del pasado realizada por Lassaga, persiguió el objetivo de restituir la memoria del héroe provincial, a través de un acto de reparación, gratitud y justicia. Pero por detrás de ese reconocimiento al caudillo, se advierte también el esfuerzo del sector galvista -recién llegado al gobierno- por posicionarse mejor en la arena política provincial y proyectar a su propia gestión y a la provincia en el orden nacional. El homenaje se llevó a cabo a través de una serie de actos religiosos y civiles, que incluyeron la colocación de la piedra fundamental de un monumento -postergado luego en su concreción-, y sirvió de acicate para la producción y divulgación historiográfica, a través, por ejemplo, de la galería biográfica “Los hombres de López”, publicada por Lassaga en *Nueva Época*. Este autor se ocupó de resaltar la contribución al país: “El general López defendió los principios democráticos [...] Defendió la autonomía de la provincia, y haciendo triunfar la bandera que Santa Fe había puesto bajo el amparo de su espada victoriosa, hizo triunfar el dogma federativo en la república entera.”¹⁰ La reivindicación no quedaba en el pasado, sino que dirigía una mirada hacia el futuro en el que la provincia agrícola esperaba insertarse, a través de su aporte al desarrollo económico: “Se disipan las sombras, y la luz del progreso que de nuestro cielo las aparta, y que a la admiración del mundo descubre al país del trigo entregado afanoso al trabajo que ennoblece [...] tiene también un rayo fúlgido que penetra en los cementerios y en los templos para alumbrar la tumba de nuestros benefactores.”¹¹

¹⁰ ARCHIVO GENERAL DE LA PROVINCIA DE SANTA FE, MANUSCRITOS DE RAMÓN LASSAGA (AGPSF-MRL), Carpeta 6, Legajo 8: “López. Su centenario y su estatua”, 1886, p. 78.

¹¹ *Nueva Época*, Santa Fe, 24 de septiembre de 1886.

El centenario de 1938 puso en evidencia los logros conseguidos en los últimos cincuenta años en el proceso de institucionalización de la historia en la provincia y la mayor integración a los circuitos nacionales de producción historiográfica. (Tedeschi, 2004) Si en 1886 el homenaje había partido de la iniciativa de algunas personalidades y no había logrado suscitar mayores repercusiones en el resto del país, para 1938 fue la JEH la que asumió la responsabilidad de encarar los festejos y de recolectar los respaldos del gobierno nacional y provincial y de las principales instituciones e historiadores. La participación del presidente de la ANH, Ricardo Levene, contribuyó a ubicar al evento dentro de la agenda historiográfica nacional. La conmemoración no se redujo a los actos de homenaje, sino que incluyó la reunión de unas Jornadas de Estudios Históricos sobre el Brigadier Estanislao López, que motivaron la reflexión historiográfica de autores provinciales como Hernán Gómez y/o afines al revisionismo como Justo Díaz de Vivar y Raúl Ruiz y Ruiz, entre otros. Los trabajos se reunieron en una publicación en dos tomos, y se instituyó el nombre de Ramón Lassaga a la medalla de oro para el concurso de ensayos sobre las ideas políticas de López. La oportunidad sirvió para relanzar la idea varias veces postergada de elevar a López un monumento, que quedó emplazado en 1942. La pervivencia de la imagen del caudillo moldeada en el siglo XIX y el tono de exaltación del héroe volvieron a hacerse manifiestos con motivo del bicentenario de 1986, en el contexto de retorno a la democracia. Catalina Pistone, que era directora del Archivo General de la Provincia de Santa Fe, y ocupó más tarde el cargo de presidente de la JPEH entre 1989 y 2000, recuperó para López el título de Patriarca de la Federación y su papel en la organización del país bajo el sistema republicano y federal a través de la firma de “veintitrés pactos y tratados”. Biógrafa de Lassaga, apeló al igual que él a Thomas Carlyle para explicar el lugar de este “gran hombre” en la historia argentina. (Pistone, 1986 y 1987) Nuevamente se palpó en la organización de la conmemoración la armonía entre la Junta y el gobierno provincial. El poder ejecutivo dictó un decreto declarando el año del Bicentenario y se convocó a las Jornadas nacionales de historia del Federalismo, realizadas en octubre, al Congreso Nacional de Federalismo, que tuvo lugar en noviembre, y al Congreso Nacional: La mujer en la organización nacional, realizado en Rosario, en diciembre de 1986. Los tres eventos académicos, que contaron con la presentación de numerosos trabajos, dan cuenta del grado de avance alcanzado ya para entonces por los estudios históricos, tanto a nivel nacional como local. Por su parte, la JPEH publicó un libro de homenaje, con el auspicio de la Secretaría de Planeamiento de la provincia. La contribución a esta obra de Graciela Russi consiste en un estudio

historiográfico y comparativo de la figura de López recreada por Lassaga, Cervera y Busaniche (Russi, 1986), que sirve para mostrar la vigencia que mantenían a fines del siglo XX los discursos elaborados por quienes eran presentados como los principales responsables de construir una imagen del héroe, símbolo de la identidad provincial, que en buena medida se prolonga hasta el presente.

La pujanza del sur y los intereses de la ciudad portuaria

La excepcionalidad de un lugar destinado a prosperar

Al mismo tiempo que desde la ciudad de Santa Fe se avanzaba en la configuración de una historiografía articulada alrededor de los conceptos de autonomía, federalismo, caudillismo y constitución, que resultó fundamental para los sectores dirigentes que debían cohesionar bajo su autoridad un territorio sobre la base de ciertos rasgos identitarios, en el sur de la provincia se iba perfilando un núcleo de población, de gran crecimiento durante la segunda mitad del siglo XIX, cuyas miradas hacia el pasado se iban a definir de acuerdo con otros intereses, más vinculados a su propio desarrollo. De este modo, así como en la provincia de Santa Fe quedaron delineados dos polos urbanos, que no tardaron en rivalizar por cuestiones políticas y económicas, también la escritura de la historia dio cuenta de ese proceso de diferenciación y confrontación interna.

Para referir a los orígenes de la escritura del pasado rosarino, de todos modos, hay que remontarse más atrás en el tiempo, antes del despegue económico y cuando Rosario era aún una pequeña aldea. Fue Pedro Tuella (1738-1814), un vecino de origen aragonés, maestro de escuela y administrador particular de tabacos y receptor de alcabala, quien compuso en 1801 la *Relación histórica del Pueblo y Jurisdicción del Rosario de los Arroyos, en el Gobierno de Santa Fe, Provincia de Buenos-Ayres*, publicada al año siguiente en el *Telégrafo Mercantil* de Buenos Aires. Con los caracteres propios de la escritura memorialista, Tuella dio forma a un texto del que emergía la imagen de una población ubicada en un sitio que, por sus condiciones naturales y situación estratégica, estaba destinada a un futuro de grandeza. Además, con su relato, Tuella daba inicio a un mito de origen sobre la fundación de la ciudad por un tal Francisco de Godoy hacia 1725. La idea de una Rosario favorecida por la naturaleza, así como el acontecimiento fundante de la ciudad, serían elementos recuperados luego en obras locales de fines del siglo XIX.

En un contexto caracterizado por la configuración del modelo económico agroexportador, en el que Rosario y su puerto jugaban un rol determinante, autores como Estanislao Zeballos, en *La región del trigo* (sic) (1883), y Eudoro y Gabriel Carrasco, en los *Anales de la ciudad del Rosario de Santa Fe. Con datos generales sobre Historia Argentina, 1527-1865* (1897), pudieron acentuar los rasgos de una ciudad portuaria que marchaba en modo ascendente por la vía del progreso. Para Gabriel Carrasco (1854-1908), que compuso los *Anales* en base a los materiales preparados por su padre, la batalla de Caseros, la apertura de los ríos y la declaratoria de Rosario como ciudad en 1852, habían constituido el parteaguas para que la “ley de la naturaleza” comenzara a cumplirse en unos territorios elegidos por los españoles desde la primera época de la conquista. La decisión de comenzar el relato con la fundación del fuerte de Sancti Spiritus en 1527 apuntaba a dotar de prosapia y de pasado colonial a una ciudad que no los tenía, y de fijar la importancia de la región en la que más tarde se alzaría Rosario. Zeballos procedió de manera similar, al trazar una elipsis entre la fundación del fuerte de Corpus Christi como granero para sustentar a la colonización española, y el Rosario de la década de 1880, eje del desarrollo agrícola. En ambas obras emergía un discurso sureño que intentaba desmarcar a Rosario de la influencia política de la capital provincial, y que tendía a contraponer tradición con modernidad. A la vez, la recuperación del lugar reconocido por Mitre a Rosario en la creación de la bandera permitía en estas obras inscribir a la ciudad en el proceso de escritura del pasado nacional, señalando su aporte a la construcción de la Argentina por fuera del discurso provisto en Santa Fe alrededor de López.

La ciudad que se hizo a sí misma

En 1925, las autoridades municipales y un sector de la elite local -a partir de la iniciativa del concejal e historiador Calixto Lassaga- decidieron celebrar el bicentenario de la “fundación” de la ciudad. La polémica quedó abierta en ámbitos historiográficos y ciudadanos, pues nadie había podido probar con documentos la existencia de Francisco Godoy. Los festejos se realizaron, aunque las opiniones eruditas, entre las que destaca la consulta a la Junta de Historia y Numismática Americana, negaron asidero a la versión. Este episodio es indicativo de los nexos que se habían ido configurando entre los círculos historiográficos locales y la prestigiosa institución que funcionaba en Buenos Aires. En 1926, con el objetivo de aumentar su proyección hacia el interior del país, la JHNA decidió crear Juntas filiales. Fue así como en 1928 se constituyó la Junta Filial de

Córdoba, y en 1929, la de Rosario, bajo la presidencia de Juan Álvarez, miembro correspondiente de la institución desde 1915. La Filial quedó integrada con Nicolás Amuchástegui, como secretario, y con Antonio Cafferata, Julio Marc, Calixto Lassaga y Francisco Santillán. En 1931 se incorporó el santafesino José Luis Busaniche, en 1932, el militar Federico Zeballos y, en 1936, Juan Jorge Gschwind y Faustino Infante. Entre los nombrados había hombres con fuertes vínculos políticos y sociales, como Marc, Zeballos o Cafferata, y otros de orígenes modestos, como el pedagogo Santillán y el publicista Gschwind.

En el acto de instalación de la Filial Rosario, Álvarez -hijo de un español republicano- se hizo portavoz de un discurso localista, y en parte decadentista, que resaltó los aportes hechos por la ciudad a la nación, e instó a los historiadores lugareños a complementar o brindar visiones alternativas a las versiones de la historia en circulación.¹² Con sus palabras, Álvarez movía el eje reivindicatorio de Santa Fe a la ciudad de Rosario en particular, ya que entendía que no sólo la política nacional, sino también la provincial, habían conspirado en contra del desarrollo de la localidad. De esta manera, Álvarez dejaba planteadas algunas ideas luego desarrolladas en su obra principal, la *Historia de Rosario* (1943). La preocupación por lo local fue el sello distintivo de la Filial, junto con el objetivo de subrayar el concurso prestado a la nación por la urbe y su región. Entre sus primeras iniciativas, se consideró la organización de un Archivo Histórico en Rosario y de un Museo Sanmartiniano en San Lorenzo (que por el momento no se concretó), y se procuró involucrar a la JHNA en la erección de un monumento que conmemorara la creación de la bandera en Rosario (materializado recién varias décadas más tarde). Se organizaron ciclos de conferencias y se llevó adelante un plan de publicaciones, tanto de fuentes inéditas, como de las conferencias y trabajos de los miembros de la institución.

Más allá de algunos relatos, como los de Zeballos y Carrasco, en las primeras décadas del siglo XX la ciudad de Rosario no contaba aún con obras que pudieran homologarse a la importante historia santafesina escrita por Cervera en 1907. Fue Juan Álvarez quien dotó en 1943 a los rosarinos de la biografía de su ciudad. La *Historia de Rosario* derribó el relato de origen establecido por Tuella, y fijó en su reemplazo el mito de una ciudad hija de su propio esfuerzo, que creció de manera admirable sin favores estatales de ningún tipo y sólo gracias al genio emprendedor de sus habitantes. (Glück, 2015) Estas ideas ya aparecían incoadas en las obras de aquellos escritores del siglo XIX, pero Álvarez les

¹² *Boletín de la Junta de Historia y Numismática Americana* (1929), vol. VI: p. 333.

adjudicó fundamental peso explicativo. La obra destacó la importancia de la ciudad en el plano nacional a partir de una serie de sucesos que no se limitaban a la creación de la bandera. Rosario había hecho grandes “sacrificios” que incluían las luchas contra los indígenas, la participación en las guerras de independencia y el alzamiento contra la “dictadura” rosista. A su vez, el panteón liberal de “héroes nacionales”, construido desde la mirada porteñocéntrica, era revisado: antes que Mitre o Sarmiento, figuras que se habían opuesto a la declaración de Rosario como capital del país, era Urquiza el “gran protector”. El pasado adquiría un marcado sentido político que vinculaba con el presente. Álvarez argumentaba que el “más grave mal de la república” era “el excesivo y enorme desequilibrio” entre la ciudad de Buenos Aires y las ciudades provinciales, y que el pasado podía arrojar pistas para alcanzar la solución: en pleno conflicto con Buenos Aires, Urquiza había roto el monopolio porteño con la habilitación de nuevos puertos. Rosario podía encontrar el mayor ejemplo en sí misma: “Un pueblo que nace espontáneamente sin que nadie se cuide de fundarlo, y librado en gran parte al efecto de factores naturales favorables o iniciativas individuales logra transformarse en la segunda ciudad argentina, no tiene par ciertamente en nuestro país”. (Álvarez, 1943: pp. 7-11)

La historia de una ciudad de modestísimos orígenes y que, desde el punto de vista económico y demográfico, se ubicaba hacia 1943 entre las principales del país, requería de una periodización que pudiera explicar el auge. De ahí que Álvarez decidiera abarcar los dos siglos y medio comprendidos entre 1689 -fecha del otorgamiento de tierras al capitán Luis Romero de Pineda- y 1939, para dar cuenta del “movimiento” de una ciudad que había ingresado en la senda del progreso con la apertura al comercio internacional en 1852. Era el carácter litoral y portuario, la clave del engrandecimiento rosarino: “El pasado rosarino muestra con claridad dos grandes períodos: con río cerrado al comercio exterior, pobreza y atraso; con río abierto, prosperidad y cultura.” (Álvarez, 1943: p. 14) Cabe aclarar que el objetivo de la obra no era completamente celebratorio ni descuidaba el futuro. Para que Rosario pudiera ingresar en una nueva etapa, se requería de un Estado nacional que no trabara su “emprendedora energía” que podía convertirla en uno de los “grandes núcleos fabriles” del país. (Álvarez, 1943: p. 22) Por otra parte, también se enunciaba la queja por la falta de autonomía y el relegamiento respecto de la capital provincial. En cuanto a la imagen de Estanislao López, mucho más que en el anterior *Ensayo*, era negativa, y el caudillo era presentado como uno de los principales culpables del atraso de Rosario durante la primera mitad del siglo XIX, en una versión del pasado que ponía en tensión el discurso historiográfico provisto desde ambas ciudades.

La profesionalización en Rosario

Puede decirse que la profesionalización historiográfica se inició en la provincia a partir de la creación en 1947 de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional del Litoral, con sede en Rosario, en la que se abrió la carrera de Historia. Este comienzo se vio fortalecido, con una orientación a la investigación, cuando en 1951 empezó a funcionar el Instituto de Investigaciones Históricas, bajo la dirección del historiador polaco Boleslao Lewin, y con la publicación, dos años después, del primer número del *Anuario*. El segundo número, de 1957, fue dedicado a la historia del Litoral, lo que podría mostrar una sintonía de intereses con los temas que tradicionalmente se estudiaban en la provincia. Pero el número tercero, de 1958, dedicado a cuestiones de la evolución social argentina, evidenciaba la preocupación también por otros problemas, al igual que una apertura hacia la Escuela de Annales, que se plasmaba en el obituario de Lucien Febvre redactado por Tulio Halperin Donghi, por entonces decano de la Facultad. En 1963 asumió la dirección del Instituto el historiador español exiliado en Argentina, Nicolás Sánchez Albornoz, lo que dio un impulso mayor al proceso de renovación historiográfica. En torno a su figura se agrupó una pléyade de jóvenes historiadores, como Roberto Cortés Conde, Haydée Gorostegui, Ezequiel Gallo, Reyna Pastor y Alberto J. Plá. El grupo concibió “a la historia en correlación a las ciencias sociales” y se propuso aumentar “el grado de rigor” de una disciplina “amenazada por lo cronológico”, a partir de herramientas cuantitativas aplicadas al análisis demográfico. (Hourcade, 1994: p. 314) En 1966 nació en Rosario un nuevo centro de investigación con la creación de un Instituto de Historia, a instancias de Miguel Ángel De Marco. Este Instituto estuvo vinculado a la Facultad Católica de Humanidades y, tras el cierre de aquella en 1972, se integró a la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales del Rosario de la Universidad Católica Argentina, en la que, desde 1978 y hasta 1997, funcionó la carrera de Profesorado y Licenciatura en Historia; a partir de mediados de la década de 1980 algunos de sus primeros egresados fueron incorporándose al sistema de becas y a la carrera del investigador de CONICET. El Instituto fue impulsor de las Jornadas de Historia de Rosario, se abocó al estudio de la historia argentina e hispanoamericana con énfasis en los procesos regionales y locales, y dio a luz dos nuevas historias de Rosario: la elaborada por Miguel A. De Marco y Oscar Ensínck (1978) y la coordinada en dos tomos por De Marco (1988). A un inicial *Boletín* lo sucedió la creación, en 1977, de la revista *Res Gesta*.

Entre tanto, los estudios de historia en la Universidad Nacional se vieron muy afectados por los vaivenes de la política argentina y, mientras hubo quienes renunciaron o intentaron resistir a la intervención de 1966, como Alberto J. Plá, hasta resultar expulsado, también hubo quienes defendieron la independencia de la actividad académica o, incluso, se adaptaron al nuevo orden imperante. (Viano, 2021: pp. 94-98) Una experiencia de vida que ejemplifica las alternativas por las que pasó la universidad en Rosario es la de Marta Bonaudo (1944-2020): comenzó sus estudios en la Facultad en 1962 y se fue integrando a proyectos liderados por Sergio Bagú, Nicolás Sánchez Albornoz y Reyna Pastor, pero sufrió, como otros historiadores de su generación, las consecuencias de las dictaduras militares de 1966 y 1976: debió alejarse de la vida universitaria local, obtuvo una beca para estudiar en Francia hacia 1969, y cuando retornó, la apertura política que hubo entre 1972 y 1973 duró poco. Recién con el regreso de la democracia en 1983, fue convocada por el decano de la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario (creada en 1968) para que reorganizara en carácter de directora la carrera de Historia. Impulsó los estudios regionales con una perspectiva sociopolítica que recogía el aporte de las nuevas historias del siglo XX, y daba importancia al análisis de las relaciones y vínculos con el poder, de las prácticas y de actores hasta entonces invisibilizados -como los colonos extranjeros, o los jueces de paz- y a un enfoque que se movía a diferentes escalas nacional/regional/provincial/local. El Proyecto de Investigación y Desarrollo de CONICET “Cuestión Regional. Estado Nacional. Santa Fe, 1870- 1930” (CURENA) resultó “un dispositivo clave en la formación de los historiadores de Rosario” de las décadas siguientes. (Eujanian y Mauro, 2014: p. 346)

A modo de síntesis

Este recorrido de larga duración por la escritura de la historia en Santa Fe durante los siglos XIX y XX permite advertir algunos rasgos peculiares de esta provincia, entre los que sobresale la individualización de dos espacios diferenciados de producción historiográfica, en coincidencia con sus dos principales ciudades. La persistencia de una historiografía de corte más tradicional en la capital provincial se ha exteriorizado en una composición de obras que priorizan el estudio de la historia política y que han encontrado en el período de las guerras civiles decimonónicas, en la figura del caudillo Estanislao López, en la defensa de la autonomía y en el aporte al proceso constitucionalista argentino

perdurables maneras de moldear la identidad histórica de la provincia. Autores no necesariamente profesionalizados, en ocasiones emparentados entre sí, pertenecientes a familias de ascendiente en la sociedad y vinculados a las principales instituciones que custodian la memoria santafesina, le confieren otra de sus características más representativas. Frente a ese núcleo historiográfico, Rosario se recorta como un espacio de producción más heterogéneo y más tempranamente profesionalizado, que ha buscado desmarcarse de la impronta capitalina con una mirada de la historia provincial atenta a los intereses del sur santafesino, haciendo foco en procesos relacionados con el vertiginoso crecimiento de la urbe y de su región, como el fenómeno inmigratorio, la colonización agrícola y el desarrollo portuario.

Bibliografía

Academia Nacional de la Historia (1996) *La Junta de Historia y Numismática Americana y el movimiento historiográfico en la Argentina*, tomo II, Buenos Aires

Álvarez, Juan (1943) *Historia de Rosario (1689-1939)*, Buenos Aires, Imprenta López Brezzo, Liliana M., María Gabriela Micheletti y Eugenia Molina, (eds.) (2013) *Escribir la nación en las provincias*, Buenos Aires, IDEHESI- CONICET

Buchbinder, Pablo (2005) “Caudillos y caudillismo: una perspectiva historiográfica”, en Goldman, Noemí, Salvatore, Ricardo (comps.), *Caudillismos rioplatenses. Nuevas miradas a un viejo problema*, Buenos Aires, Eudeba

Buchbinder, Pablo (1993) “Emilio Ravignani, la historia, la nación y las provincias”, en Devoto, Fernando (comp.), *La historiografía argentina en el siglo XX*, Buenos Aires, CEAL, pp. 79-112

Busaniche, José Luis (1926) *Estanislao López y el federalismo del litoral*, Santa Fe, Cattaneo

Cervera, Manuel M. (1907) *Historia de la ciudad y provincia de Santa Fe, 1573-1853*, tomo II, Santa Fe, Librería Imprenta “La Unión”

Cervera, Manuel M. (1941) “Santa Fe (1810-1820)”, en Academia Nacional de la Historia, *Historia de la Nación Argentina*, vol. IX: *Historia de las provincias*, Buenos Aires

Coudannes Aguirre, Mariela (2007) “Pasado, prestigio y relaciones familiares. Elite e historiadores en Santa Fe, Argentina”, en *Redes*, vol. 13, pp. 1-22

- Coudannes Aguirre, Mariela (2009a) “La construcción de representaciones sobre la identidad santafesina en la *Historia de Santa Fe* de Leoncio Gianello”, en Suárez, Teresa, Tedeschi, Sonia (comps.), *Historiografía y sociedad*, Santa Fe, UNL
- Coudannes Aguirre, Mariela (2009b) “¿Profesionales o políticos de la historia? La historiografía santafesina entre 1935 y 1955”, en Suárez, Teresa, Tedeschi, Sonia (comps.), *Historiografía y sociedad*, Santa Fe, UNL
- Damianovich, Alejandro (2007) “La ciudad de Santa Fe como centro de producción historiográfica. El mundo de sus historiadores como campo social”, en *Revista de la Junta Provincial de Estudios Históricos*, N° LXV, pp. 13-44
- Devoto, Fernando y Nora Pagano (2009) *Historia de la historiografía argentina*, Buenos Aires, Sudamericana
- Eujanian, Alejandro y Diego Mauro (2014) “La historia y la vida. Apuntes para una biografía intelectual”, en Pro, Juan, Sierra Alonso, María, Mauro, Diego (coords.), *Desde la Historia: Homenaje a Marta Bonaudo*, Imago Mundi, Buenos Aires, pp. 325-354
- Glück, Mario (2015) *La nación imaginada desde una ciudad. Las ideas políticas de Juan Álvarez, 1898-1954*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes
- Hernández, Pablo J. (2008) *Conversaciones con José M. Rosa*, Buenos Aires, Fabro
- Hourcade, Eduardo (1994) “La historia como ciencia social en Rosario, entre 1955 y 1966”, en Devoto, Fernando, *La historiografía argentina en el siglo XX*, vol. II, Buenos Aires, CEAL
- Micheletti, María Gabriela (2013) *Historiadores e historias escritas en entresiglos: sociabilidades y representaciones del pasado santafesino, 1881-1907*, Buenos Aires, Lumiere
- Pistone, Catalina (1986) “El bicentenario del nacimiento del brigadier Estanislao López”, en *Revista América*, N° 5, pp. 7-9
- Pistone, Catalina (1987-1991) “Estanislao López a través de once análisis historiográficos”, en *Revista de la Junta Provincial de Estudios Históricos*, N° 57
- Russi, Graciela (1986) “Estanislao López a través del enfoque historiográfico de tres historiadores santafesinos”, *Bicentenario de Estanislao López*, JPEH, pp. 137-156
- Suárez, Teresa y Sonia Tedeschi (comps.) (2009) *Historiografía y sociedad. Discursos, instituciones, identidades*, Santa Fe, UNL
- Viano, Cristina (2021), “El expediente 16955. Las renunciadas de 1966”, en Viano, Cristina y Luciani, Laura (dirs.), *La Facultad de Filosofía y Letras: de la Universidad Nacional del Litoral a la Universidad Nacional de Rosario*, HyA ediciones, Rosario, pp 69-113